

Los laicos y laicas en la vida de la Iglesia

Una reflexión de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano

OLGA CONSUELO VÉLEZ C.*

ÁNGELA MARÍA SIERRA G.**

RESUMEN



Es un imperativo para la V Conferencia profundizar en el tema de los laicos/as, dada la relevancia que en su momento le otorgó el Concilio Vaticano II. El artículo entonces busca enfatizar en ciertos aspectos ineludibles a la hora de hablar de una Iglesia laical. Ellos son: entender un discipulado fermento del sacerdocio común al cual estamos llamados desde el bautismo, trabajar en un laicado adulto gestor de nuevos rostros y nuevos ministerios que respondan a una auténtica construcción de humanidad, promover la formación del laicado para asumir la corresponsabilidad eclesial, lo cual incluye aspectos tales como asumir decididamente el protagonismo de la mujer y responsabilizarse de las dimensiones públicas de la vida humana (la política, la economía, la ecología, ecumenismo).

Palabras clave: *Laico/a, discípulo/a, formación, corresponsabilidad, ministerios.*

* Doctora en Teología. Pontificia Universidad Católica de Rio de Janeiro. Brasil. Magíster y Licenciada en Teología. Pontificia Universidad Javeriana. Directora de la Carrera y de la Licenciatura en Teología. Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana. Docente investigadora en teología y género y métodos en teología. Ha publicado numerosos libros y artículos en estos temas. Correo electrónico: ocvelez@javeriana.edu.co.

** Magíster y Licenciada en Teología. Pontificia Universidad Javeriana. Docente de teología del matrimonio de la misma Universidad. Correo electrónico: fliaangela@yahoo.es

Abstract

For the 5th Conference of CELAM it is imperative to carry on a profound reflection on the lay men and women, given the relevance that the Second Vatican Council at its time conceded them. This paper emphasizes some aspects which are unavoidable at the time of talking about a lay Church. The following aspects are then presented: understanding a discipleship which is a ferment of the common priesthood to which all are called from the baptism, working for an adult laity, responsible for new faces and new ministries that respond to an authentic construction of humanity, promoting the formation of the laity in order to assume the ecclesial corresponsibility, which includes such aspects as assuming female protagonism and accepting the public dimensions of human life (politics, economy, ecology, ecumenism).

Key words: Lay people, disciple, formation, corresponsibility, ministries.

INTRODUCCIÓN

La identidad laical y su compromiso con la construcción de la Iglesia fue uno de los grandes logros de Vaticano II, secundado por las conferencias episcopales celebradas en América Latina y por los mensajes papales de las últimas décadas. Podríamos decir que es un fenómeno irreversible y que la condición laical llegó para quedarse definitivamente. En efecto, ya no se concibe una Iglesia sin una concreción empírica de Pueblo de Dios o de Iglesia-comunidad. Es decir, una Iglesia donde todos sus miembros gozan de la misma dignidad, donde todos son imprescindibles y donde todos tienen el don y la responsabilidad de construirla desde sus diferentes carismas. Sin embargo, la tarea histórica de irle dando forma, desarrollo, continuidad y plenitud a las luces que el Espíritu suscita en la vivencia eclesial, siguen siendo un desafío actual.

A puertas de la V Conferencia latinoamericana emergen con fuerza dos preguntas que serán el hilo conductor de nuestra reflexión: ¿Cómo seguir avanzando en la consolidación de un laicado adulto comprometido con la tarea evangelizadora de la Iglesia? Y ¿qué elementos deberían ser profundizados para conseguir ese objetivo?

¿CÓMO SEGUIR AVANZANDO EN LA CONSOLIDACIÓN DE UN LAICADO ADULTO, COMPROMETIDO CON LA TAREA EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA?

Hace sesenta años el papa Pío XII exhortaba a los laicos, hombres y mujeres, a tener una conciencia cada vez más clara de *pertenecer* a la Iglesia y de *ser* Iglesia.¹ Ha pasado un poco más de medio siglo y el tema sigue siendo relevante y aún no superado. En efecto, aunque el Vaticano II –desde una eclesiología de comunión– insistió en la afirmación “somos Iglesia”, aún el laicado no se ha apropiado de esta realidad. Persiste, hasta en los círculos más formados, que al referirse al término Iglesia se piensa en la jerarquía o en los sacerdotes y religiosos. El bautismo todavía no se ha constituido, en la práctica, en el sacramento radical que nos hace a todos Iglesia.

En una mirada retrospectiva de las diferentes conferencias posteriores al Concilio (Medellín, Puebla y Santo Domingo), respecto del tema del laicado se constata que, con diferentes matices, se insiste en aspectos claves que es necesario seguir profundizando y actualizando. Tal es el objeto de nuestra reflexión en este primer apartado. Nos centraremos en los siguientes puntos, que son definitivos a la hora de trabajar por una adultez del laicado:

- La identidad de los laicos/as: un tema recurrente.
- La vocación al discipulado.
- Una nueva manera de entender la espiritualidad laical.
- La formación del laicado: imperativo para la construcción de nuevos rostros eclesiales.
- La corresponsabilidad eclesial.
- El compromiso evangelizador.

La identidad de los laicos/as: un tema recurrente

[La categoría] Pueblo de Dios propia de la eclesiología del Concilio Vaticano II, implica para sus miembros una única vocación. Así lo entienden los padres conciliares, mientras que la distinción de sus miembros en clero y laicos es secundaria.²

1. Juan Pablo II, citado por Silber, www.adital.com.br/site/noticia.asp?lang=ES&cod=21397.
2. Silber, www.adital.org.br/site/noticia.asp?lang=ES&cod=21397.

La igualdad y la unidad son la esencia del ser Iglesia. Este postulado indica la necesidad de comprender qué significa ser laico/a para el mundo de hoy y la responsabilidad que se comparte como bautizados.

Somos co-partícipes, como es de todos/as conocido, de la misma dignidad y el mismo llamado a la santidad, la misma función profética y en simultánea la misma responsabilidad en la construcción eclesial y en la predicación del Reino.³

Por vocación divina, cada bautizado/a ha recibido la misión de construir la comunidad. Por tanto, no puede haber separación entre el clero y el laicado. Los ministros -dice el Concilio- están al servicio de sus hermanos, con el fin de que cuantos son miembros del Pueblo de Dios y gozan de la verdadera dignidad cristiana tiendan libre y ordenadamente a un mismo fin (LG 18).

En este mismo sentido se les recomienda a los pastores que hagan uso gustosamente de los prudentes consejos de los laicos, los encarguen de diferentes tareas y les dejen libertad y espacio para actuar, que atiendan sus iniciativas y peticiones y reconozcan la justa libertad que a todos compete dentro de la sociedad temporal. Más aún, de esta mutua relación de confianza depende el cumplimiento, con mayor eficacia, de la misión de la Iglesia en el mundo (LG 37).

La jerarquía existe en función de los laicos y no al revés. En palabras sencillas de Karl Rahner, hay clero porque hay laicos. Es al servicio de los laicos que los ordenados encuentran su razón de ser en la Iglesia. El catecismo lo expresa de la siguiente forma: el sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común, en orden al desarrollo de la gracia bautismal de todos los cristianos (Catecismo 1547). El crecimiento de la fe, de la gracia y del amor de los cristianos es la meta del servicio de los ordenados. Es decir, si los laicos somos la Iglesia el clero existe para extender nuestras facultades de serlo.⁴ Por ello es de vital importancia fortalecer la comunicación entre ambos. Muchas veces, entre las dos esferas eclesiales hay un diálogo árido, donde no se escuchan las partes, porque el discurso clerical en ocasiones

3. El cristiano es el miembro de la Iglesia que vive su vocación histórica desde la opción de Cristo al insertar en la comunidad de bautizados y dejarse llevar por el Espíritu (cfr. Estrada, 1991: 54)

4. Silber www.adital.org.br/site/noticia.asp?lang=ES&cod=21397.

no toca la realidad laical y las exhortaciones pastorales no hacen eco en los laicos. Entonces ¿cuál es el sentido eclesial del laico? ¿En qué sentido la identidad laical define el ser Iglesia?

Todo el Pueblo de Dios es servidor. Así lo expresa Puebla en su numeral 270:

El Pueblo de Dios, como sacramento universal de salvación, está enteramente al servicio de la comunión de los hombres con Dios y del género humano entre sí. La Iglesia es, por tanto, un pueblo de servidores. Su modo propio de servir es evangelizar; es un servicio que sólo ella puede prestar, y que se dirige a todos y a todas sin distinción, pero con la especial predilección de Jesús por los más pobres y los que sufren.

Al ser la Iglesia parte de la humanidad (GS 1) su acción se desarrolla por y para lo humano. Por tanto, la acción laical se ejerce a través de toda la actividad de los cristianos. El laico, hombre y mujer, tiene entonces la misión de asumir el liderazgo para afrontar la problemática humana con sus múltiples matices. Los temas existenciales como la pobreza, la violencia y otros más son signos de los tiempos que se convierten en desafíos permanentes para hacer del discipulado en el mundo un motivo de evangelización. "De ahí que su participación en lo social, y en todo ámbito en pro del ser humano sean caminos para hacer concreta dicha evangelización."⁵

Para conseguir este cambio es necesario liberar la concepción de laico/a de su connotación negativa. Somos herederos de esa definición planteada desde el año 95 por San Clemente de Roma, quien define al laico como el "miembro de la Iglesia que no es ministro ordenado" (Vélez, 2004, sin publicar). Es necesario ahondar en una noción más positiva de lo que significa el laicado en la Iglesia. Puebla ratifica este aspecto:

El laico debe aportar al conjunto de la Iglesia su experiencia de participación en los problemas, desafíos y urgencias de su mundo secular (...) para que la evangelización eclesial arraigue con vigor. En ese sentido será aporte precioso del laico, por su experiencia de vida, su competencia profesional, científica y laboral, su inteligencia cristiana, cuanto pueda contribuir para el desarrollo, estudio e investigación de la enseñanza social de la Iglesia (Puebla, 795).

5. Silber www.adital.org.br/site/noticia.asp?lang=ES&cod=21397.

La vocación del discipulado

La consolidación de un laicado adulto dependerá también, en gran parte, de la capacidad que se tenga de descubrir el cristianismo como una “vocación” para todos y todas: en términos de la V Conferencia, una vocación del discipulado. Si al laicado se le ha definido en negativo y si se le ha considerado sujeto pasivo de la vida eclesial, el punto de partida para un protagonismo –fundado en lo más genuino de la experiencia cristiana– es la recuperación de la vocación cristiana al discipulado.

En efecto, el cristianismo es una vocación. Es la experiencia tan bellamente expresada en los evangelios: Jesús llama a cuatro pescadores, Simón (Pedro), Andrés, Santiago y Juan de Zebedeo, “Síguenme y los haré pescadores de hombres” (Mt 4, 18). Jesús llama a Mateo, cobrador de impuestos (Mt 9, 9); Jesús llama a Zaqueo (Lc 19); Jesús dialoga con la Samaritana (Jn 4), Jesús se aparece a María Magdalena y la convierte en la primera testiga de la resurrección (Jn 20, 17-18). Su llamado es para hacerlos sus discípulos. Pero ¿cuáles son las características del discipulado cristiano?

- Este discipulado no es iniciativa de la persona. Es una experiencia que sale al encuentro, que se recibe como don, que sin buscarla nos alcanza y que por la fuerza de esa experiencia se impone como necesidad: “¡Pobre de mí si no anuncio el Evangelio! Si lo hiciera por iniciativa propia, podría esperar recompensa. Pero, si me lo impusieron, no hago más que cumplir con mi oficio.” (1 Co 9, 16b-17). En ese contexto se entienden estas palabras de Pablo. De igual manera, como lo vimos en los textos bíblicos arriba señalados, los cuatro evangelios nos dan testimonio unánime de esta realidad.

- Supone oídos atentos y ojos abiertos para escuchar su Palabra: “Cada mañana él me despierta y lo escucho como hacen los discípulos” (Is 50,4), dice el profeta Isaías, para mostrar que el discipulado no es una doctrina que se aprende y luego se repite⁶ sino es una comunión de vida que se experimenta y se comparte.

- El discipulado supone empeñar la totalidad de la existencia en esa experiencia. Jesús responde a los dos discípulos que le preguntan dónde moras: “Vengan y lo verán.” (Jn 2, 38-39b). Es decir, el discipulado implica

6. Como lo hacían los discípulos de los filósofos o los de los maestros de la Ley (cfr. Tepedino, 1990: 30).

una entrega sin reservas de toda la existencia y para toda la vida: “Fueron y vieron dónde vivía. Eran como las cuatro de la tarde y se quedaron con él el resto del día.” (Jn 2, 39b). Así termina el texto citado, que nos indica esa convivencia con Jesús, ese quedarse con él para siempre.

– El discipulado implica la unión fundamental con el Maestro de quien depende la vida. “Para que los pueblos en él tengan vida”, cita el lema de la V Conferencia, realidad que no se consigue sin esa unión como la de los sarmientos a la vid (Jn 15, 1ss). Esta imagen muestra de manera gráfica cómo los frutos dependen de la unión con el tronco para recibir la savia de vida nueva.

– El discipulado no tiene como finalidad la perfección individual sino la dedicación y apertura decidida a la misión. “Mientras vayan caminando, proclamen que el Reino de Dios se ha acercado. Sanen enfermos, resuciten muertos, limpien leprosos, echen demonios. Den gratuitamente, puesto que recibieron gratuitamente.” (Mt 10, 7-8). Se trata de ponerse en movimiento, anunciar la Buena Noticia y comprometerse con la realidad que nos circunda. De esto son ejemplo innegable tantos santos que se ocuparon de lo concreto y particular: el ser humano con sus necesidades, sus carencias, sus limitaciones. Y por este compromiso se les reconoció su unión con el Maestro que da frutos de auténtico discípulo.

– El discipulado no está reservado a la vida religiosa o sacerdotal ni mucho menos a los varones. Múltiples testimonios muestran el seguimiento que también realizaron las mujeres y su protagonismo en la vida eclesial. Varios textos así nos lo revelan:

Unas mujeres miraban de lejos. Entre ellas, María Magdalena, María, madre de Santiago el menor y de José y Salomé. Ellas lo seguían y lo servían cuando estaba en Galilea. Con ellas había otras más, que habían subido con Jesús a Jerusalén. (Mc 15, 40-41)

Todos ellos perseveraban en la oración y con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús y de sus hermanos. (Hch 1, 14-15)

Sucedirá en los últimos días, dice Dios, derramaré mi Espíritu sobre todos los mortales; sus hijos y sus hijas profetizarán (...) en esos días yo derramaré mi Espíritu sobre mis siervos y mis siervas y profetizarán. (Hch 2, 17-18)

Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba la Buena Nueva del Reino de Dios y el nombre de Jesucristo, empezaron a bautizarse hombres y mujeres. (Hch 8, 12)

Les recomiendo a nuestra hermana Febe, diaconisa de la Iglesia de Cencrea (...) Saluden a María que se afanó tanto por ustedes (...) Saluden a Andronico y a Junías, mis parientes y compañeros de cárcel; son apóstoles notables y se entregaron a Cristo antes que yo (...) Saluden a Trifena y a Trifosa, que trabajan en la obra del Señor. (Rm 16, 1.6.7.12)

Aquilas y Prisca los saludan en el Señor. (1 Co 16,19)

Ruego a Evodia y también a Síntique que se pongan de acuerdo en el Señor. (Fp 4,2)

Saluden a los hermanos que están en Laodicea, sin olvidar a Ninfas y a la Iglesia que se reúne en su casa. (Col 4,15)

Esta presencia femenina testimoniada en la Sagrada Escritura ayuda a reconocer que Jesús suscitó en la primera comunidad cristiana un “discipulado de iguales”.

Una nueva manera de entender la espiritualidad laical

El tema de la identidad abre necesariamente a la reflexión acerca de la espiritualidad laical. El núcleo de esta espiritualidad radica en vivir la pertenencia a la Iglesia como un diálogo permanente entre fe y experiencia de vida en lo privado y lo público. El reconocimiento de la diversidad, las distintas expresiones culturales, la sensibilidad frente a problemáticas humanas a través de una conciencia de igualdad y promoción harán del discipulado laical una fuerza eclesial dentro de la humanidad, una espiritualidad verdaderamente encarnada que evidencie una experiencia profunda de un creyente capaz de leer la vida desde allí.

El laico/a, además de estar unido dentro de la Iglesia, se encuentra solidarizado con las personas que buscan las mismas metas de justicia y liberación, supera fronteras y derriba límites que separan. Este es el camino hacia lo que Pedro Casaldáliga y José M. Vigil llamaron “espiritualidad de patria grande.”⁷

El Concilio enfatiza en que no se trata tan solo de proclamar y anunciar una Buena Nueva, sino que al mismo tiempo ésta debe realizarse. En palabras de Jon Sobrino, “evangelizar es hacer presente una Buena Nueva que llegue a ser Buena Realidad”, donde la acción misma no debe tener como objetivo

7. Casaldáliga, citado por Silber www.adital.org.br/site/noticia.asp?lang=ES&cod=21397.

el aumento del número de fieles, ni la permanencia de la masa dentro de la Iglesia sino la realización del Evangelio en la sociedad.⁸

La espiritualidad del laico/a también debe estar matizada por su ser evangelizador.⁹

Esta evangelización, es decir, el mensaje de Cristo, pregonado con el testimonio de la vida y de la Palabra, realizada dentro de las comunes condiciones de la vida en el mundo (LG 35). Una tarea particularmente laical pues en cada circunstancia humana, como dice el texto citado –a ejemplo del verbo– debe hacerse carne en cada época y en cada situación humana, fruto del diálogo y éste es su más importante metodología, escrutando a fondo los signos de los tiempos (GS 4) para entender cuáles son los desafíos de Dios en cada momento, expresados en las necesidades, temores, esperanzas y gozos de la humanidad (GS 1). Diálogo que al mismo tiempo debe estar abierto a otras religiones, a los avances científicos, y a las organizaciones que propendan por la dignidad humana, para llegar a lo que el papa Pablo VI llamó el verdadero desarrollo que es el paso, para todos y cada uno, a condiciones más humanas.¹⁰

Preguntémonos si estamos en sintonía con lo que sugiere el Vaticano II, o por el contrario si muchas de nuestras ideas y acciones cristianas son incluso preconciarias. La Iglesia, después del “huracán del Espíritu”, como fue llamado el Concilio, no puede haber quedado igual.

No podemos seguir siendo una masa homogénea. El número de bautizados¹¹ aún sigue siendo considerable pero en su mayoría no son

8. (Silber www.adital.org.br/site/noticia.asp?lang=ES&cod=21397).

9. Toda la reflexión acerca de la evangelización estuvo muy marcada por el documento *Evangelii nuntiandi*, que insiste en el tema de cómo evangelizar a los laicos y justamente propone que la tarea del laico tiene un ámbito específico en donde insertarse, tienen un lugar en el cual debe desarrollar su misión. Esto es retomado por el *Documento de Santo Domingo* en su numeral 94, que intenta explicar cuál es el espacio de los laicos: “El pueblo de Dios está constituido en su mayoría por fieles cristianos laicos, ellos son llamados por Cristo, como Iglesia, agentes y destinatarios de la Buena Nueva de la salvación, a ejercer en el mundo, viña de Dios, una tarea evangelizadora indispensable.” (Lumerman, www.hernandarias.edu.ar/ceibosur/biblioteca/elcompromisodelaico.htm)

10. Silber www.adital.org.br/site/noticia.asp?lang=ES&cod=21397.

11. El numeral 96 del *Documento de Santo Domingo* también confirma este hecho: la mayor parte de los bautizados no han tomado conciencia plena de su pertenencia a la Iglesia. Se sienten católicos, pero no Iglesia. Pocos asumen los valores cristianos como un elemento de su identidad cultural y por tanto no sienten la necesidad de un compromiso eclesial y evangelizador. Como consecuencia, el mundo del trabajo, de la política, de la economía, de la ciencia, del arte de la literatura y de los medios de comunicación social no son guiados por criterios evangélicos. Así mismo, el *Documento*

conscientes ni están convencidos del seguimiento a Cristo en medio de una comunidad concreta. “Terminó la época de la fuerte presencia de la Iglesia. Lo que quedaría por evaluar sería el grado de convicción y formación religiosa logrado a través de esta larga presencia” (Gonzalo, 2005:1) para revisar seriamente nuevas maneras de evangelización más centradas en el testimonio y la espiritualidad. El hecho de que muchos católicos acudan a otras religiones y a otros cultos se convierte en un signo que nos invita a reflexionar y a actuar. No es el número de partidas de bautismo en las parroquias lo que garantiza una real y vigente presencia eclesial, sino el testimonio de personas concretas que impregnen los ambientes seculares.

Un paso adelante en este tema se daría si el laico/a lograra visibilidad de evangelizador en las estructuras socioculturales; que su manera de actuar, su discernimiento a la hora de afrontar problemáticas y el testimonio frente a la realidad evidenciaran la opción fundamental de un auténtico creyente.

Participamos de la misma gracia y al mismo tiempo de la misma responsabilidad. De cierta manera, los laicos hemos estado muy cómodos con la actitud de espectadores, sin asumir una seria participación. Sin embargo, para responder a las exigencias de la nueva Iglesia, necesitamos ser más autónomos y adultos en la fe:

...tenemos que lograr un cristianismo adulto, con una espiritualidad evangélica que asuma las consecuencias del propio discernimiento, sin que espere del presbítero la última palabra, estableciendo relaciones de dependencia y no de corresponsabilidad. (Estrada, 1992: 54-55)

Para lograrlo hay que formarnos, convencernos a fondo de los horizontes del Evangelio y desde allí aprender a hacer teología desde la vida. El discípulo y la discípula laicos son indudablemente teólogos y teólogas de la vida. Así, hombres y mujeres lograremos cerrar la brecha tan marcada entre lo cotidiano y lo religioso, superar el hecho de ser simplemente usuarios de los servicios litúrgicos y comenzar a leer la existencia en clave de Dios, para que en un acto verdaderamente litúrgico se pueda celebrar lo sacramental de manera significativa y en conexión plena con la vida.

de Puebla, numeral 783, continúa con esta preocupación: grandes sectores del laicado latinoamericano no han tomado conciencia plena de su pertenencia a la Iglesia y viven afectados por la incoherencia entre la fe que dicen profesar y practicar y el compromiso real que asumen en la sociedad. Este divorcio entre fe y vida está agudizado por el secularismo y por un sistema que antepone el tener más al ser más.

Tenemos que tomar en serio el “somos Iglesia”. En manos de los laicos está la posibilidad única de universalizar el Evangelio. Si la evangelización es fruto del diálogo, los laicos/as debemos estar capacitados, formados en una nueva manera de ser Iglesia. Recuperar una espiritualidad laical implica también la creación de lazos fuertes en comunidades pequeñas y la promoción de espacios formativos en Biblia y teología como una búsqueda novedosa de vivir auténticamente lo eclesial en el mundo de hoy, que debe coincidir con una búsqueda de verdadera humanidad.

Nuestra profesión y formas de trabajo vividas en este horizonte vocacional nos sitúan en la misma dinámica de los primeros cristianos,

...que no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su habla, ni por sus costumbres (...) sino que, habitando ciudades griegas o bárbaras (...) y adaptándose en comida, vestido y demás géneros de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de vida superior y admirable y por confesión de todos, sorprendente. (Carta a Diogneto)

Debemos ofrecer una vida que se viva como vocación y que le imprima la presencia del Espíritu en todo lo que se haga (Vélez, 2004 sin publicar). Por todo esto, la espiritualidad laical “se ve desafiada a una tarea de mayor integración de sus elementos, con la realidad de la vida de fe, con la realidad cotidiana, con el compromiso socio-político y liberador.”¹²

La formación del laicado: imperativo para la construcción de nuevos rostros eclesiales

¿Qué implica lo anterior para la dinámica eclesial? Esta nueva comprensión de ser Iglesia exige necesariamente procesos de formación: que las facultades de teología se abran de manera decidida a la formación de laicos a través de planteamientos atractivos y en forma paralela se estimule el docente de teología laico, tanto a hombres como mujeres, en el fortalecimiento de su profesión y proyección.

Este aspecto confirma el *Documento de Puebla*, numeral 794:

En la medida en que crece la participación de los laicos en la vida de la Iglesia y en la misión de ésta en el mundo, se hace también más urgente la necesidad de una formación, humana en general, formación doctrinal, social y apostólica.

12. Navarro, www.acu-adsum.org/lumengen.pdf.

Se trata de una formación integral que le ayude a ser una persona madura en todas sus dimensiones (intelectual, afectiva, espiritual, social, pastoral). Esta formación no debe ser ocasional sino programada y sistemática. Debe asumir todos los desafíos del mundo moderno y ofrecer respuestas adecuadas, para poder realizar su misión en el mundo. Una formación ética es decisiva para que el laico/a pueda responder a la multitud de cuestiones que surgen en la actualidad. Esa formación debe ser capaz de:

- Permitirle discernir las exigencias del Reino dentro las situaciones concretas.
- Capacitarle para generar un nuevo estilo de vida: en la economía, en la política, en las relaciones humanas, en las artes, en las ciencias, en los medios de comunicación.
- Capacitarle para participar de los procesos de planeación, decisión, ejecución y evaluación de la práctica pastoral y de las directrices de la acción evangelizadora en las instancias eclesiales en las que participa.¹³

La formación teológica debe ser más apreciada y requerida. El laico/a debe "dar razón de su fe" (1 P 3, 15). La teología ya no es una ciencia reservada para unos pocos. Hoy reclama su lugar en el concierto de las disciplinas, se sabe poseedora de una dimensión humana que debe aportar para la construcción integral de toda la realidad y a su vez está necesitada de las otras ciencias para continuar desarrollándose. En este sentido, los títulos civiles en teología son una invitación para una mayor preparación en ese campo. Los hermanos cristianos nos llevan bastante ventaja en una formación teológica dirigida a la entera comunidad eclesial (Vélez, 2004 sin publicar).

La corresponsabilidad eclesial

La corresponsabilidad eclesial será la que garantice la participación plena y efectiva del laicado en la vida eclesial.

La vocación cristiana es una llamada personal pero no individual. Esta es la característica esencial que hace que cristiano sin Iglesia no se entienda.

13. A propósito de este punto, el numeral 96 del *Documento de Santo Domingo* alerta en los siguientes aspectos: la persistencia de cierta mentalidad clerical en numerosos agentes de pastoral, clérigos e incluso laicos, la dedicación de muchos laicos de manera preferente a tareas intra-eclesiales y una deficiente formación privan de dar respuestas eficaces a los desafíos actuales de la sociedad.

La respuesta a la llamada divina “vincula inmediatamente a una comunidad de fieles” (Celam, 2005: 42) que tampoco vive para sí misma sino para la misión a la que está llamada.

La corresponsabilidad eclesial se entiende mejor cuando, al seguir los textos bíblicos, nos dejamos tocar por las imágenes que ellos ofrecen. La comparación paulina del cuerpo nos invita a ese reconocimiento de los diversos dones y carismas, de las diversas funciones pero de la misma y fundamental dignidad: la de ser todos el cuerpo de Cristo (1 Co 12, 27). Ya conocemos que se dio una interpretación equivocada del símil paulino del cuerpo. La cabeza se identificó con la jerarquía y los laicos como miembros sin voz ni responsabilidad. Esa pasividad comunitaria aún hoy la padecemos. Es un lastre, si lo pudiéramos llamar así, que arrastramos en la Iglesia Católica y del que necesitamos liberarnos.

Cristo es la cabeza y todos nosotros el cuerpo. Por parte de Cristo está dada la vida que sustenta el cuerpo. Por parte de éste se necesita la vitalidad de cada uno de los miembros y la articulación efectiva y afectiva de todos ellos. Esto no se logra sin una espiritualidad propia, una formación sólida y un sentido comunitario capaz de articular la diversidad en la unidad.

Los laicos/as no ejercerán su corresponsabilidad eclesial sin una vida espiritual intensa. Oración, cultivo de la vida interior, capacidad de silencio, escucha de la Palabra. Todo esto va de la mano de una formación sólida que permita dar razón de su fe. Aquí el papel de la teología es imprescindible.

La “alfabetización teológica” es un derecho fundamental de todo cristiano. De la misma manera como la alfabetización abre a las personas un mundo más amplio y les permite moverse con propiedad dentro de él, la teología permite madurar en la fe, purificarla, entenderla, aclararla, en otras palabras, vivirla con la responsabilidad adulta de quien pone todos los medios a su alcance para tener una palabra de sentido a los múltiples desafíos de cada momento histórico. Crece el número de personas interesadas por estos estudios y ello debe alegrarnos. No hay que tener miedo a esta formación. Como todo proceso formativo, desinstala, confronta, “duele” crecer, pero al final los frutos son abundantes. Finalmente, sin un cultivo de los principios mínimos de cualquier convivencia humana es imposible construir una fraternidad al estilo de la propuesta por Jesús.

El compromiso evangelizador

Toda vocación y corresponsabilidad desemboca en un compromiso evangelizador que es la razón de ser de la Iglesia y su misión fundamental: llevar la Buena Noticia a todos los rincones de la Tierra (cfr. Hch 1,8).

No sólo la consolidación de un laicado adulto sino la madurez eclesial depende del compromiso evangelizador de todos en la Iglesia. "Todos participan plenamente y a su modo del llamado de la misión de Jesucristo (...) Edificar la Iglesia ocurre con la colaboración de todos." (Celam, 2005: 53)

Jesús inició su misión con las palabras del profeta Isaías:

El Espíritu del Señor está sobre mí. Él me ha ungido para traer buenas nuevas a los pobres, para anunciar a los cautivos su libertad y a los ciegos que pronto van a ver. A despedir libres a los oprimidos y a proclamar el año de la gracia del Señor. (Lc 4, 18-19)

Y llama a sus discípulos para continuar esa misma misión: "Como el Padre me envió así también yo los envío" (Jn 20,21). La misión nace de la acción del Espíritu en toda la comunidad e invita a evangelizar toda la realidad.

¿Cómo superar las dicotomías cuerpo-espíritu? ¿Religión-política? ¿Vida espiritual y compromiso social? ¿Historia sagrada e historia profana? Es importante seguir profundizando y tomando con todas las consecuencias la manera como Dios se revela expresada en la *DV 2*

Este plan de la revelación se realiza con hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras; y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio escondido en ellas.

Esta manera de Dios revelarse, de Dios darse a conocer, marca el camino de todo compromiso evangelizador: anunciar la Buena Noticia del Dios con nosotros, encarnado en nuestras coordenadas históricas, y acompañar esas palabras de los hechos concretos que permitan que el dinamismo del espíritu siga actuando en nuestro presente. "Las obras son las que dan testimonio de lo que somos y las que dicen con elocuencia incomparable lo que somos" (Poveda, 1968: 473). Y aunque los caminos del Espíritu siempre superan nuestras obras, sólo a través de ellas, él puede hacerse presente en nuestra historia.

La presencia femenina en la tarea evangelizadora no es desconocida. Sin embargo, su participación en las esferas de decisión puede aportar a la misión evangelizadora de la Iglesia toda la dimensión femenina de Dios

que, sin ser exclusiva de la mujer, sí ha sido tradicionalmente promovida más fuertemente por ella. Su presencia puede recrear una evangelización con un amor que engendra vida, que nunca se aparta, que siempre perdona, que acepta la diversidad, porque experimenta, desde dentro, que todos son hijos e hijas del mismo Padre.

El laicado y explícitamente la mujer están llamados a la “adulterez” de la fe para seguir con fidelidad la voz del Espíritu que en este siglo XXI nos invita a renovar la vocación fundamental de todo cristiano/a, su llamado a ser discípulo/a y, por ende, a renovar el compromiso evangelizador que tal vocación implica. La vida religiosa o sacerdotal encarnan estilos de vida y vocaciones específicas de la única y misma vocación cristiana: la vocación al discipulado de iguales vivido por Jesús.

¿QUÉ ELEMENTOS DEBERÍAN SER PROFUNDIZADOS PARA CONSEGUIR ESE OBJETIVO?

Señalamos al inicio de este texto que el protagonismo del laicado es una realidad irreversible. Pero como todo proceso, supone la continua profundización y revisión para que ese dinamismo llegue a su punto más alto. La V Conferencia nos invita a recuperar la dimensión del discipulado y la misión eclesial, pero está en nuestras manos hacerla significativa para los retos del presente. Surgen entonces algunas preguntas: ¿Por dónde pasa el discipulado de iguales en este tiempo presente? ¿Cuáles son aquellos aspectos de la realidad que debe afrontar el discípulo? ¿Dónde debe ejercer su misión evangelizadora?

El capítulo IV del *Documento preparatorio* señala algunos desafíos “al inicio del tercer milenio” (Celam, 2005: 67-102). No pretendemos señalar los desafíos que se abordarán al final de este encuentro, sino explicitar los aspectos de la realidad y los lugares donde se juega una consolidación del laicado adulto en este tiempo presente. Es en ellos donde se realiza el “discipulado de iguales”.

Asumir decididamente el protagonismo de la mujer y las consecuencias que implica

Un discipulado de iguales no se realizará sin propiciar “*nuevas relaciones genéricas para un nuevo orden mundial*”. Con esta expresión queremos reco-

ger este signo de los tiempos que constituye no sólo la emergencia del laicado sino explícitamente el protagonismo de la mujer en la sociedad y en la Iglesia.

Muchas críticas han levantado el movimiento feminista y la categoría género en el seno de la Iglesia. Algunas, justificadas, cuando la liberación feminista se identifica con la negación de lo religioso o cuando la categoría género se entiende como supresión de las identidades masculinas y femeninas. Pero como en toda realidad histórica, las sombras también van acompañadas de mucha luz y hay que dejar crecer juntos “el trigo y la cizaña” (Mt 13,24-30) para que no se arranque trigo bueno en el intento de acabar con la cizaña.

Es imprescindible valorar, aceptar e incorporar todos los aspectos positivos que ha traído a la vida de las mujeres y, por ende, a la sociedad en general, una nueva manera de ser mujer, más proactiva, capaz de realizar todas sus potencialidades, entusiasmada con realizarse como mujer y no siempre en función de las tareas que realiza, que muestra todas las potencialidades y posibilidades que conlleva.

Al mismo tiempo, hay que plantearse y asumir las consecuencias que la categoría género ha planteado en la manera de ser hombre o ser mujer, y aceptar que gran parte de estas maneras de ser son construcciones culturales que pueden ser modificadas para el beneficio de los dos sexos y de la humanidad en general. En este sentido la revisión genérica se impone, porque durante siglos la mujer ha sido sometida a una condición subordinada y a una dominación masculina en muchos ámbitos de la vida social y personal.

Recuperar la dignidad y las posibilidades para todas las mujeres en todos los estamentos es un deber de justicia y un imperativo evangélico. En palabras de San Pablo, la voluntad de Dios es que “no haya diferencia entre quien es judío y quien es griego, entre quien es esclavo y quien es hombre libre, entre hombre y mujer. Pues todos somos uno solo en Cristo Jesús” (Ga 3,28).

Conseguir una nueva identidad femenina implica también que los varones replanteen su identidad y se abran a nuevas posibilidades. Sin duda, todo esto conduce a unas relaciones sociales mucho más equitativas y solidarias. A nivel eclesial, pastoral y litúrgico toda la comunidad eclesial está llamada a buscar caminos de renovación y participación laical. En este

sentido la mujer tiene una doble responsabilidad: como laica y como mujer. Es importante revisar el lenguaje excesivamente masculinizante cuando curiosamente la mayoría de los fieles son mujeres.

Afrontar el tema de la mujer en el seno de la Iglesia no es simplemente una respuesta al movimiento de promoción de la mujer en todos los ámbitos. En el ámbito eclesial son una exigencia permanente. Mantener esquemas asimétricos generadores de injusticias sociales contra las mujeres constituye un escándalo y una contradicción con el imperativo evangélico. Esa situación merece una conversión definitiva por parte de todos y todas en la Iglesia (Celam, 2005: 72 -73).

Aporte de la mujer teóloga al tema

En este tema de las relaciones de género vale la pena profundizar en el aporte que la mujer ha dado a la teología. Ya dijimos la importancia que tiene para la identidad laical una formación seria y sistemática. La teología es una de las mediaciones privilegiadas para tal fin. Esta disciplina reservada a los varones y, en su mayoría, clérigos, hoy está siendo estudiada por mujeres con la novedad que ello implica. Cambio de mentalidad, de paradigma, de imaginarios, de tradición eclesial.

Esta presencia no es una moda pasajera. Es una exigencia del mismo Concilio aunque no explicita el campo teológico: el numeral 29 de la constitución *Gaudium et spes* afirma que la igualdad fundamental es una tarea por construir; sin duda, es lamentable que los derechos fundamentales de la persona no sean respetados todavía íntegramente en todas partes y a todo nivel:

Uno de los deberes más propios de nuestra época, sobre todo para los cristianos, es el de trabajar con ahínco para que (...) se reconozca el derecho de todos y en todas partes a la cultura y a su ejercicio efectivo sin distinción de origen, de sexo, de nacionalidad (...). Las mujeres ya trabajan en casi todos los campos de la vida, pero conviene que sepan también representar plenamente su papel según su propia índole. Es, pues, deber de todos hacer que la participación propia y necesaria de la mujer en la vida cultural sea reconocida y favorecida. (GS 60)

¿Cómo se está ejerciendo de hecho esta mayor presencia femenina que cobra identidad laical y en algunos casos una formación teológica relevante?

En la reflexión teológica, la mujer, al pensar sobre su propia experiencia y al profundizar en su fe, ha hecho importantes avances y aportes a la teología misma, para plantear nuevos horizontes en el quehacer teológico y al mismo tiempo abrir nuevas comprensiones para vivir la dimensión laical¹⁴:

- Su fuente como creyente está en conectar la vida misma con la vivencia de una fe comprometida con la existencia.
- Al irse recuperando como protagonista de la historia, reconoce en ella la posibilidad de indagar y vivir la experiencia de Dios a través de situaciones concretas, lo que implica un compromiso ineludible con la historia.
- Comprende la Palabra de manera más integral, logra captarla y vivirla desde su corporalidad, pasar por el mundo de las emociones y proyectarla en lo social. Está abierta a una concepción del mundo más amplia, pues ha venido asumiendo sin problema tanto lo privado como lo público, que le permite intuir la complejidad de lo real y lo humano.
- Después de mucho tiempo de que otros han dicho acerca de su realidad, poco a poco la mujer ha comenzado a decirse de sí misma. Esto implica hacer una verdadera hermenéutica en la vida que dilucida la Palabra en su propio acontecer.
- El estar mucho tiempo en el anonimato la ha hecho especialmente sensible a “los no reconocidos” a los “no escuchados”; de ahí su constante diálogo con el sufrimiento de tantos que buscan aliento y esperanza en el Evangelio.
- Se acerca de manera novedosa a nuevas comprensiones de Dios. Este es un nuevo acercamiento al misterio de la trascendencia que “nos constituye, habita en nosotros y nos sobrepasa”.
- Una teología que sentida desde lo corporal se hace profundamente sensible a la realidad humana. Al sentirlo en sí mismo, el dolor o la alegría le plantea de una manera solidaria con el género humano una nueva forma de comprender a Dios desde su misma realidad. La conexión con la vida invita a plantear una ética que desde lo cristiano apunta a una verdadera promoción humana.

14. Estos aportes surgen del camino recorrido por las personas integrantes del grupo de investigación Teología y Género de la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana (cfr. Gebara, 1994: 11-36).

- “Vincula de manera más fuerte la espiritualidad y la teología, tiene una comprensión transversal de dicha vinculación y logra ubicarla en la dimensión personal y en la dimensión de fe. La emergencia de una demanda de interioridad desafía, a su vez, al estatuto actual en los estudios teológicos.”¹⁵

Responsabilizarse de las dimensiones públicas de la vida humana

51

Afianzar un laicado adulto supone que éste se haga responsable efectiva y afectivamente del mundo en el que vive, para superar los dualismos que le hacen vivir su fe alejada de su compromiso político, económico, social y cultural. Así lo expresa la carta encíclica de Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 29:

El deber inmediato de actuar a favor de un orden justo en la sociedad es más bien propio de los fieles laicos. Como ciudadanos del Estado, están llamados a participar en primera persona en la vida pública. Por tanto, no pueden eximirse de la “multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común”.

En este sentido un laicado adulto necesita sentirse responsable no sólo de la vida cultural y litúrgica de la que en cierta medida siempre ha hecho parte, sino de la vida pública y social que es la que encarna el Evangelio en las estructuras humanas. Por eso afirmamos que un discipulado pasa por el compromiso con los siguientes aspectos:

- *Desarrollo de la ciencia en el horizonte ético.* El Documento de preparación para la V Conferencia señala como un primer dato de este cambio de época que “el ser humano se ha asomado, como nunca antes, al universo” (Celam, 2005: 69). El discipulado ha de pasar por el compromiso con el desarrollo científico pero en el horizonte ético que lo hace capaz de preguntarse por el sentido, valor y pertinencia de dicho desarrollo. Este horizonte permitirá caminar al ritmo de los tiempos, pero sin olvidar la centralidad de lo humano en cualquier progreso científico. Es urgente integrar fe y ciencia. La misión lo exige y la urgencia de responder eficazmente a los desafíos del presente no permiten actitudes ingenuas o espiritualistas.

Esta demanda favorece el desarrollo integral de la persona y propende hacia una verdadera actuación en un mundo que nos exige una respuesta

15. Navarro, www.acu-adsum.org/lumengen.pdf.

también integral. “Hermanar fe y ciencia” (Poveda, 1968: 329), exclamaba un santo de nuestro tiempo, San Pedro Poveda¹⁶, a los miembros de la asociación laical por él fundada, para que respondieran con un apostolado acorde con los ritmos de los tiempos. Clamaba porque las personas pudieran ver que no hay oposición entre la fe y la ciencia sino una posibilidad de desarrollar todas las dimensiones humanas desde el horizonte de fe.

– *La opción por los pobres sigue siendo una preocupación del compromiso evangelizador de la Iglesia. En el Documento se pregunta qué iniciativas hay en la comunidad a la que pertenece para concretar la opción preferencial por los pobres (Celam, 2005: 102). El discípulo de Jesucristo llamado a propiciar la vida y a liberar de todas las esclavitudes tiene que comprometerse decididamente con la construcción de un mundo “donde quepan todas y todos”. Situados como estamos en el continente latinoamericano, no se puede dejar de reafirmar esa opción.*

Hoy el pobre no sólo se entiende como empobrecido por las estructuras injustas, sino que es un excluido de este sistema económico hegemónico neoliberal que favorece la competencia y, en gran medida, el triunfo de los más fuertes. Ex 22,26 ilumina la situación alarmante en que hoy se encuentran los pobres y nos invita a hacer una pregunta: ¿Dónde van a dormir los pobres en este mundo que se está generando? ¿Qué será de los preferidos de Dios en este tiempo en que vivimos?¹⁷

La nueva evangelización debe estar comprometida con la transformación de la historia y en discernimiento constante está llamada a denunciar este sistema injusto y a favorecer todas las alternativas posibles para incluir a los más desfavorecidos de la historia. No podemos situarnos fuera de estos desafíos sociales y mucho menos caer en la tentación de no ver salida alguna o de renunciar al sueño de “otro mundo posible”.¹⁸

16. Sacerdote español (1874-1936), fundador de la Asociación Laical “Institución Teresiana”, mártir, proclamado santo en 2003.

17. El texto del Éxodo corresponde a las prescripciones que Moisés recibe de Yahvé para ser transmitidas al pueblo y se refiere a la preocupación sobre dónde dormirán aquellos que no tienen con que cubrirse (cfr. Gutiérrez, 1996: 116).

18. Lema del Foro Social Mundial.

Una evangelización en seguimiento del Jesús de la historia puede y debe desocultar el cinismo histórico y la injusticia inhumana del “*homo economicus* neoliberal” que no considera a los pobres “sujetos” de la historia sino “mercadería”, que sólo sirve si produce ganancia o que se desprecia y excluye cuando no implica obtención de lucro económico.

– *Todos destinatarios y protagonistas de la política.* La *Christifideles laici* así titula el No. 42 y hace un llamado a la condición política del ser humano. Todos nuestros actos son políticos y toda acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural está llamada a promover el bien común. En ese sentido es acción política. El discipulado pasa por vivir con responsabilidad el compromiso político y las opciones partidistas. No se identifica vocación cristiana con partido político, ya que la Iglesia reconoce la autonomía de las realidades terrenas (*GS 76*), pero el cristiano está llamado a participar activamente desde las diferentes formas, niveles y tareas.

En este mismo sentido la constitución de una verdadera sociedad civil es una tarea urgente en contextos tradicionalmente confesionales donde la ética civil no tuvo la importancia que merecía en la formación de las personas. Vivir la ciudadanía, ejercerla, empoderarse de ella, trabajar por los derechos humanos y velar porque se cumplan es un deber humano y, por ende, cristiano.

Velar por una armonía interior, una comunión con la naturaleza y una aceptación de la diversidad

– *Recuperación del ser humano integral.* Condicionados por una antropología de corte dualista, hemos descuidado el ser personal con todas sus dimensiones. El ser humano es razón pero también es corazón. Es pensamiento pero también es afecto. Trasciende el espacio tiempo pero también es cuerpo y sexualidad. Hoy se impone una visión integral del ser humano que revolucione la manera de entender, sentir, juzgar, valorar, amar. No existe una única manera de aproximarnos a la realidad. Existen múltiples formas y sensibilidades, conceptos y afectos, ideas y expresiones.

El cuerpo no es un instrumento para contener el alma. El cuerpo nos constituye y con él nos abrimos a los otros y formamos comunidad. Sentirnos cuerpo y vivir en armonía con él es condición indispensable para la recuperación de una visión de ser humano integral. También somos seres sexuados

y ello constituye nuestra capacidad de relación, de encuentro, de comunión con Dios y con los otros.

Una visión antropológica que aborde con profundidad todas las dimensiones humanas llegará a iluminar la dinámica de las relaciones interpersonales, en especial, el matrimonio y la sexualidad (Celam, 2005: 71-72), para ofrecer posibilidades dignas para todos y todas en estos tiempos actuales, sin renunciar a la vocación de vida y de amor queridas por Dios. Un discípulo protagonista de su vocación no puede menos que ser una persona integral capaz de suscitar este mismo "ser" en quienes le rodean.

- *Necesidad de que el discipulado pase de una actitud de dominio de la naturaleza a una comunión cósmica.* "También ha cambiado la relación con la naturaleza" (Celam, 2005: 70), dice el *Documento preparatorio* para la V Conferencia. El texto del Génesis, "llenen la tierra y sométanla" (Gn 1,28) posiblemente contribuyó a generar esa actitud de dominio y a no ver la naturaleza como elemento vital de nuestra realidad humana. En estos tiempos se ha hecho evidente la necesidad de recuperar una comunión fecunda con el cosmos que no significa identificación con él o el temido "panteísmo" de los primeros siglos del cristianismo, pero sí un vivir el ser-en-el-mundo como algo constitutivo y esencial para la plena realización de todo lo humano.

Trabajar por un cuidado de la naturaleza, por despertar una conciencia ecológica, por un asegurar el futuro de los recursos naturales, es deber de un compromiso evangelizador que sabe que la naturaleza "guarda la esperanza de ser liberada del destino de muerte (...) y compartir la libertad y la gloria de los hijos de Dios" (Rm 8,21).

- *Valoración real de todas las culturas y respeto de la diferencia.* Un mundo donde quepan todas y todos pasa por lo socioeconómico, pero también por la valoración real de las culturas, su respeto, su derecho a existir y proponer sus tradiciones y costumbres a la entera comunidad universal. La recuperación de la identidad de estos pueblos no puede verse como amenaza al Evangelio sino, por el contrario, como posibilidad de reconocimiento de las "semillas del Verbo" presentes en todas las culturas y campo abierto para enriquecer la liturgia, la teología, la experiencia cristiana rica en significados y expresiones.

Además, un discipulado vivido desde una sana pluralidad cultural es fuente de inculturación del Evangelio. Dicha inculturación, o mejor, el diálogo

intercultural¹⁹ es deber de una evangelización que quiere permear las culturas, no a la manera de un barniz sino de en modo vital, en profundidad, hasta las raíces, como invitara Pablo VI en su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (18-19).

– *Nuevos horizontes de sentido y pluralismo religioso.* Estamos asistiendo a múltiples manifestaciones de espiritualidad que, más allá de la tradicional confesión católica que caracterizó nuestro continente latinoamericano, permean muchos ambientes y estamentos sociales. La evangelización ha de sentirse llamada a anunciar la identidad de lo propio, pero en el horizonte de una apertura real a las contribuciones de las nuevas experiencias religiosas y con un verdadero espíritu ecuménico y de diálogo interreligioso.

Nunca, como ahora, la diversidad de las experiencias religiosas han sido testimonio y posibilidad de articulación de la diferencia, para contrarrestar las guerras “religiosas” que de una y de otra manera surgen en el mundo. Un discipulado de iguales implica una colaboración mutua en términos de igualdad y respeto recíproco, sin descalificaciones de entrada en ningún proyecto común.

Capaces de establecer una comunicación efectiva con los destinatarios

En la “aldea global” en que vivimos los medios de comunicación juegan un papel decisivo. Las noticias se transmiten en tiempo real y las mentalidades, ideologías y visiones de la realidad se transmiten y se hacen efectivas a la velocidad del sonido. Mantener una actitud vigilante y atenta a los medios de comunicación es indispensable, pero más aún lo es la capacidad de proponer una comunicación del Evangelio que llegue al corazón de las personas y a las decisiones de los pueblos.

La Buena Noticia ha de ser comunicada a todos los pueblos de forma efectiva y afectiva. Un discipulado adulto puede propiciar un mensaje evangélico que toque las realidades que se viven y convoque a las comunidades eclesiales por la vida real que comparten, oran, recrean y transforman.

19. El diálogo intercultural supone que en toda evangelización hay un encuentro entre culturas: la cultura en la que viene promovida el mensaje evangélico y la cultura a la que llega dicho mensaje. La toma de conciencia de esta realidad cultural supone un nuevo desafío para el proceso de inculturación de la fe.

En la realidad colombiana la paz es un hecho concreto que ha de iluminarse con el mensaje evangélico. Son demasiados años de violencia y de guerra fratricida. La “paz es fruto de la justicia” (Is 32, 17). En este sentido, trabajar por la paz no se puede reducir a fortalecer la fuerza pública y derrotar a los “terroristas” por este medio. El compromiso evangelizador de un discipulado adulto pasa por una crítica muy fuerte a toda visión de la realidad que polarice las situaciones, que nos haga olvidar la lógica del siervo de Yavhé y del Crucificado: vencer el mal a fuerza de bien, no vencer al enemigo sino convencerlo.

En otras palabras, ser capaces de empeñarnos en la construcción de la justicia social, el respeto a los derechos humanos para todos y todas (así realicen acciones terroristas) y el diálogo entre las partes en conflicto, convencidos de que la lógica de Dios tiene la última palabra y, más aún, la palabra definitiva.

Y ¿qué decir de un discipulado de iguales en nuestra realidad colombiana? Estamos asistiendo a una mayor presencia del laicado –masculino y femenino– en las facultades de teología y en institutos o curso de formación pastoral. También su presencia se va fortaleciendo en la vida parroquial. Sin embargo, aún queda mucho camino por recorrer.

Las iglesias cristianas están integradas por católicos que han encontrado formación, apoyo fraterno y protagonismo eclesial en esos grupos. Todo esto tiene que inquietarnos y comprometernos con favorecer los nuevos rostros eclesiales ya definidos por Vaticano II, alimentados por las conferencias latinoamericanas pero tantas veces frenados por la jerarquía y por el mismo laicado, que no reconocen en todos los miembros de la iglesia un discipulado de iguales.

Es el momento de seguir favoreciendo una nueva manera de ser Iglesia, todos muy unidos a Jesucristo, “camino, verdad y vida” (Jn 14, 6), y de propiciar que todos y todas en la sociedad y en la Iglesia tengan vida en él y vida en abundancia (cfr. Jn 10, 10).

Esperamos poder volcar en la práctica todo lo que reflexionamos y así no tener que constatar que “se renueva la eclesiología, pero no la Iglesia. Se repiensa la vocación y misión del laico en la Iglesia, pero no se propician las condiciones mínimas para que el laicado pueda asumir y realizar la vocación y misión que se le señala” (Parra, 1987: 179).

Esperamos que el Espíritu Santo se derrame abundantemente en nuestros corazones, nos infunda su fuerza para abrazar la misión de la evangelización a partir de nuestros carismas particulares, que siempre son para el bien común; que siendo un solo cuerpo lo enriquezcamos con la vivencia de lo que cada unos somos y realizamos, para llegar a ser todos y todas el Cuerpo de Cristo.

Este Concilio ruega en el Señor a todos los laicos que respondan con ánimo generoso y prontitud de corazón a la voz de Cristo (...). El mismo Señor, invita de nuevo a todos los laicos (...) a que se le unan cada día más íntimamente y a que, haciendo propio todo lo suyo se asocien a su misión salvadora; de nuevo los envía a todas las ciudades y lugares adonde El está por venir. (*Apostolicam Actuositatem*, 33)

“Vayan también ustedes a mi viña” (Mt 20, 4) son palabras que deben resonar en nuestros oídos en este día: vayan con la responsabilidad adulta de quien se siente discípulo/a y misionero/a de Jesucristo, copartícipe de la misión evangelizadora de la Iglesia; misión que hoy implica asumir los nuevos desafíos y las nuevas interpelaciones de la realidad a las que debemos responder (cfr. *Santo Domingo*, 24)

BIBLIOGRAFÍA

BENEDICTO XVI, *Carta apostólica Deus caritas est*, 2005.

CELAM, *Hacia la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en él tengan vida. Documento de participación y fichas metodológicas*, Bogotá, 2005.

CONCILIO VATICANO II, *Documentos completos*, Ed. Mensajero, Bilbao, 1984.

EDICIONES PAULINAS/VERBO DIVINO, *La Biblia Latinoamericana*, Madrid, 1972.

ESTRADA, JUAN ANTONIO, *La espiritualidad de los laicos*, Ed. San Pablo, Madrid, 1991.

GEBARA, IVONE, *Teología a ritmo de mujer*, Ed. San Pablo, Madrid, 1994.

GONZALO, MANUEL, *Repensando la pastoral. Material de reflexión*, Buenos Aires, 14 de noviembre de 2005, documento sin publicar.

GUTIÉRREZ, GUSTAVO, “Una teología de la liberación en el contexto del tercer milenio” en VAA, *El futuro de la reflexión teológica en América Latina*, Celam, Bogotá, 1996.

- II CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Medellín, La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio*, Celam, Bogotá, 1998.
- III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Puebla. La evangelización en el presente y el futuro de América Latina*, Ed. Tripode, Caracas, 1979.
- IV CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Santo Domingo. Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana*, Conferencia Episcopal Colombiana, Bogotá, 1992
- JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica Christifideles laici*, 1988.
- LUMERMAN, J.P., *El compromiso social del laicado y el Documento de Santo Domingo*. <http://www.hernandarias.edu.ar/ceiboysur/biblioteca/elcompromisodellaicado.htm>.
- NAVARRO, MERCEDES, *Espiritualidad y teología*, <http://www.acu-adsum.org/lumengen.pdf>.
- PARRA, ALBERTO, S.J., "Condiciones mínimas para que el laicado sea Iglesia", en *Revista Teológica Xaveriana*, No. 83, Año 37/2, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, abril-junio de 1987, pp. 179-197.
- PAULO VI, *Exhortación apostólica Evangelii nuntiandi*, 1976.
- POVEDA, PEDRO, *Escritos espirituales*, Iter Ediciones, S.A., Madrid, 1968.
- SILVER, STEFAN, *Los laicos somos Iglesia*, <http://www.adital.com.br/site/noticia.asp?lang=ES&cod=21397>
- TEPEDINO, ANA MARÍA, *Las discípulas de Jesús*, Narcea, Madrid, 1990.
- VÉLEZ, CONSUELO, "Igualdad fundamental, derechos y participación de la mujer". Ponencia sin publicar presentada en el Encuentro de Reflexión y Asamblea Anual Consejo Nacional de Laicos de Colombia, Conferencia Episcopal Colombiana, Bogotá, 29 de mayo de 2004.

FECHA RECIBIDO: 17 de enero de 2007
FECHA APROBADO: 14 de febrero de 2007